

MOULINES, C. Ulises (2006): *La Philosophie des sciences: l'invention d'une discipline (fin XIXème – début XXIème siècle)*. Paris: Ed. Rue d'Ulm/Presses de l'École Normale Supérieure.

Durante el curso universitario 2003-2004, Ulises Moulines impartió un ciclo de conferencias en la prestigiosa Escuela Normal Superior de la calle de Ulm (París), dirigidas a estudiantes universitarios y profesores de diversas disciplinas. El ciclo se tituló “Un siglo de filosofía de las ciencias” y dio lugar al presente libro, en el que, como el propio autor declara (p. xi), adopta una perspectiva diacrónica e historiográfica, a diferencia de sus obras anteriores, de índole sistemática. Sin embargo, incluso en este caso su investigación mantiene un aire de familia con el resto de su amplia e influyente producción. Siendo uno de los representantes de mayor prestigio internacional entre los seguidores de la concepción estructural (Sneed, Stegmüller, Balzer, etc.), Moulines no abandona sus concepciones metateóricas a la hora de abordar el análisis y reconstrucción de la evolución de la filosofía de la ciencia a lo largo del siglo XX. No es un estudio propiamente historiográfico, aunque el panorama de autores que presenta y comenta es amplio y selecto. En el fondo, lo que ofrece Moulines en este libro es la reconstrucción de una “red teórica” en filosofía de la ciencia, cuyos vínculos (*links*) internos son conceptuales, no empíricos. Por tanto, la obra tiene originalidad, aparte del rigor y calidad filosófica a las que nos tiene acostumbrados este autor. Su mirada diacrónica intenta aportar coherencia al desarrollo de una disciplina que se constituyó como tal a finales del siglo pasado, y cuyo futuro, según manifiesta en las dos páginas finales del libro, resulta algo incierto. Puede ser que la filosofía de la ciencia, tal y como la entiende Moulines, deje de interesar a las jóvenes generaciones y sea sustituida por análisis sociológicos o historiográficos (p. 155); puede ocurrir que sea reemplazada por las ciencias cognitivas, “una disciplina empírico-formal de contornos todavía mal definidos” (*ibid.*); pudiera ser que la filosofía de la ciencia no desaparezca, sino que se transforme radicalmente (p. 156), como ya sucedió durante el siglo XX, y por dos veces: la primera, cuando fue “invadida” por los métodos de la lógica formal, poco después de la primera Guerra Mundial; la segunda, en los años sesenta, cuando “corrió el riesgo de convertirse simplemente en una filosofía *histórica* de las ciencias” (*ibid.*) a partir del llamado *giro historicista* (Kuhn, Feyerabend, Lakatos). Frente a estas tendencias, Moulines afirma la posibilidad de una reflexión *auténticamente filosófica* sobre las ciencias, como la que él mismo ha llevado a cabo a lo largo de más de treinta años y, pese a adoptar una perspectiva historiográfica, vuelve a ofrecer en el presente libro. Su interés no es la historia, sino su sistematización. El enfoque de este libro es novedoso, pero las tesis de fondo siguen estando basadas en la concepción estructural, que ahora no se aplican a la ciencia, sino a la evolución de la filosofía de la ciencia en el siglo XX.

La obra distingue una prehistoria de la filosofía de la ciencia (Aristóteles, Bacon, Descartes, Hume, los enciclopedistas) y una protohistoria, que inicia Kant y prosiguen Comte y Mill. Kant fue el primer autor que hizo una metateoría de la ciencia y, por ende, el inspirador inicial de la filosofía de la ciencia que le interesa a Moulines. Entrando en la historia propiamente dicha, distingue cinco fases: germinación (desde 1890 a la Primera Guerra Mundial), eclosión (1918-1935), período clásico (1935-1970), fase historicista (1960-1985) y fase modelista, que se inicia en 1970 y dura hasta nuestros días. En la fase de germinación destaca la figura de Mach, cuyo programa de reconstrucción de la ciencia en base a los datos sensoriales tuvo gran influencia en el Círculo de Viena. Moulines también se ocupa de William James, Russell, Poincaré y Duhem. Destaca la figura de Peirce, en el que ve un precedente del holismo, al poner como meta de la investigación científica la elaboración de una teoría global a la que las demás se remitirían en último término. Ya en esta fase de preformación se interesa por aquellos autores que preludian las tesis de lo que será la fase clásica y, posteriormente, el estructuralismo y la concepción modelista. La fase de eclosión está marcada por la aparición del círculo de Viena, pero antes de comentar a los empiristas lógicos Moulines se ocupa de la epistemología francesa (Bachelard,

Canguilhem, Koyré), que es considerada como una especie de excepción a la corriente dominante a nivel internacional, aunque luego resurgiese con el giro historicista kuhniano. La fase de eclosión culmina con Schlick, Carnap, Neurath y el Círculo de Viena, cuyos rasgos positivistas, reduccionistas, lógico-empiristas y verificacionistas son comentados con agudeza. Moulines muestra que es un profundo conocedor de todos estos autores y los sintetiza con precisión y hondura. Afirma que el reduccionismo conceptual y el verificacionismo de los enunciados empíricos entraron prontamente en crisis, no sólo por las críticas de Reichenbach (probabilismo) o de Popper (falsacionismo), sino por la propia evolución del logicismo hacia una lógica inductiva, como propugnó Carnap a partir de 1940. Los términos teóricos no pudieron ser definidos a partir de términos observacionales, lo que quebró el programa reduccionista del círculo de Viena. Braithwaite, Hempel, Nagel y Ramsey son autores relevantes para este debate, aunque Quine, Hempel y Oppenheim acaban siendo los principales representantes del período clásico, el primero por su crítica a la distinción kantiana analítico/sintético, los otros dos por su modelo nomológico-deductivo y su insistencia en la relevancia de las leyes científicas para un análisis metateórico. Toda esta parte del libro de Moulines (capítulos 2, 3 y 4) es de gran interés, aunque casi todos los temas y debates a los que se presta atención son aquellos que luego van a interesar a la concepción estructural y a los “modelistas”. En último término, la evolución de la filosofía de la ciencia en estas tres primeras fases adquiere sentido desde la atalaya del último período, en el que Moulines y sus colegas han hecho sus principales aportaciones. La reconstrucción de la evolución de la filosofía de la ciencia que se nos ofrece está “cargada de metateoría”, por así decirlo. Moulines sigue siendo ante todo un filósofo, más que un historiador.

A la fase historicista (capítulo 5) se le dedica mucha atención, en particular a Kuhn y su modelo del cambio científico. Moulines subraya que Kuhn no sólo ofrece un análisis diacrónico de las teorías, su evolución y sus cambios, sino también un modelo sincrónico, resumido en su noción de matriz disciplinaria (p. 87). Cada paradigma tiene su propio lenguaje observacional, lo que suscita el problema de la inconmensurabilidad entre paradigmas. Feyerabend, Lakatos y Laudan también son comentados en el marco de ese giro historicista, que se cierra con el relativismo socio-epistémico (Latour, Barnes, Bloor, Knorr-Cetina, Hesse, etc.). Moulines sigue mostrándose crítico de los relativistas y subraya la heterogeneidad de esta corriente de pensamiento, claramente opuesta a la concepción clásica en filosofía de la ciencia.

El capítulo 6 resulta ser el más amplio y elaborado, como era de esperar, y se centra en lo que Moulines denomina concepción modelista: la “sustancia” del conocimiento científico son los modelos, en tanto representaciones parciales e idealizadas de “pequeñas partes” de la realidad o de la experiencia humana (p. 108). En esta corriente conviven antirrealistas, instrumentalistas, pragmatistas y lo que podríamos denominar “agnósticos” en relación al problema del realismo. Frente al unificacionismo y el reduccionismo del círculo de Viena, se afirma un cierto pluralismo en los modos de hacer ciencia. Por ello, una buena metodología es la de estudios de casos y teorías concretas. Suppes, Adams, Ludwig, van Fraassen, Suppe y Giere son algunos de los autores comentados, hasta llegar al estructuralismo metateórico (Sneed, Balzer, el propio Moulines), que es comentado sintéticamente, y proseguir con Cartwright, Salmon, Friedmann y Kitcher, que también son incluidos en dicha concepción modelista.

En conjunto, el libro tiene una gran calidad, no en vano ha sido escrito por un auténtico experto en la materia que, además, ha hecho importantes contribuciones a la filosofía de la ciencia en el siglo XX. Lo más notable y original, como ya hemos dicho, consiste en esa original perspectiva historiográfica, más orientada a la reconstrucción conceptual de la evolución de la disciplina que a seguir sus avatares a lo largo del siglo XX paso por paso. Se echa de menos una mayor atención a autores como Toulmin o Hacking, y en general a la filosofía de la práctica científica, muy pujante a finales del siglo XX. No es un libro de historia de la filosofía de la ciencia en el siglo XX sino, más bien, una obra de filosofía de la historia, centrada en el decur-

so de la propia filosofía de la ciencia, entendida siempre como metateoría, es decir, como análisis y reconstrucción del conocimiento científico. La escritura es ágil y, para ser una obra breve, la capacidad de síntesis resulta muy notable. En el ámbito de la filosofía de la ciencia en lengua francesa supone una aportación relevante, precisamente porque aporta una visión de la evolución de la disciplina poco difundida en dicha lengua.

Javier Echeverría
Instituto de Filosofía
CSIC (Madrid)
E-mail: echeverria@ifs.csic.es